

HOMILIA

EN OCASION DEL SEGUNDO ANIVERSARIO DEL ASESINATO DE LOS SACERDOTES JESUITAS EN SAN SALVADOR

Iñaki Zubizarreta, S.J.

Mateo 28

Al celebrar hoy el segundo aniversario del asesinato de nuestros hermanos y después de haber visto el veredicto del jurado sobre los asesinos, creo que nos puede resultar fructuoso reflexionar sobre este pasaje del Evangelio de Mateo que recuerda todos los arreglos que las autoridades quisieron hacer sobre el cuerpo de Jesús.

Y en verdad ¡cuántos arreglos se hicieron sobre el cuerpo de Jesús! Sobre Jesús en vida y luego sobre su cuerpo muerto.

Sobre Jesús en vida, cuántas trampas le pusieron las autoridades para desvirtuar su mensaje, cuántas leyes le pusieron en frente para que se sometiera a la rutina de la injusticia diaria disfrazada de la justicia de la ley, cuántos enredos para hacer ver que lo que Jesús hacía pareciese malo por hacerlo en sábado, que lo que Jesús ponía de misericordia abrazando a un leproso apareciera como impureza legal y por tanto como excomunión del templo, o que el comer en comunión con los hombres marginados por el pecado fuera presentado como causa de escándalo para hacer ver que Jesús no era el profeta que los sencillos proclamaban.

Cuántas trampas también para agarrarlo en contradicción; cuántas idas y venidas para atraparlo sin riesgo de que la gente se les echara encima; cuántas acusaciones para lograr doblegarlo, cansarlo y que desistiera de su mensaje...cuántos insultos, calumnias, enfrentamientos...

Y, sintiendo que el cuerpo inerte de Jesús todavía podía ser peligroso, ponen guardias delante de su tumba y luego empiezan los enredos para que los soldados dieran testimonio falso de que los discípulos se lo habían robado mientras ellos dormían.

Todavía muerto Jesús les molesta y les preocupa.

Y el común denominador de todo: ocultamiento de la verdad. Cerrar los ojos a lo que veían en Jesús claro y diáfano; llamar al bien mal: decir que ese Jesús que hacía retirar el mal con su presencia, era un endemoniado, cerrar los ojos a la verdad, propagar la mentira y la confusión; dejarlo todo en la confusión y el desconcierto, crear alrededor del pueblo inseguridad; algo habrá hecho, por algo lo condenan, era un revoltoso, etc. Desfigurar la verdad.

Y ahora frente a la tumba vacía vuelven a propagar la mentira: digan que mientras dormían...

Los poderosos, a la sombra, dan seguridad a los soldados: no se preocupen, les daremos dinero; tendrán algunos problemas, pero el futuro lo tienen asegurado. Si pasa algo y los llevan a juicio, no se preocupen, tenemos influencias, tenemos medios de sacarles del problema; podrán ir a la cárcel, pero sólo será por un tiempo...después tendrán todo asegurado.

Todos los arreglos sobre el cuerpo de Jesús se basan en la mentira y se organizan alrededor de la mentira.

Para todos es difícil enfrentar la verdad. Para los poderosos, lo es más difícil todavía. Supone cambiar de vida, dejar privilegios, hacer renunciaciones que llevan mucha exigencia personal, etc.

Y lo que pasó con Jesús sigue pasando hoy en la historia, sigue pasando en la historia de todos los que mueren proclamando la verdad. Una verdad que los poderosos tratan siempre de confundir y de enredar para que no se vea.

Los arreglos sobre los cuerpos asesinados de nuestros hermanos se han ido basando también en la mentira: testigos que dicen hoy una cosa y mañana otra, testigos que no se presentan aunque sean llamados por su autoridad, testigos que demuestran que ellos se presentan cuando quieren y dicen lo que quieren sin que nadie pueda hacer nada sobre ello. Testigos confesos que declaran: yo lo hice, y sin embargo no les pasa nada: pueden ir tranquilos a sus unidades a celebrar su triunfo de muerte.

Los poderosos siempre tienen medios para hacer lo que quieren. Siempre igual como con Jesús, siempre la misma muerte para sus seguidores, por que parece -aunque siempre tratamos de pensar que puede ser de otra manera- que el morir así es inherente al seguidor de Jesús; como nos lo dijo El, aunque no lo acabamos de entender. Como los apóstoles no lo entendieron, aunque se lo decía con mucha claridad, nosotros tampoco lo acabamos de comprender: siempre esperamos que pueda haber otra solución, que no tiene que ser así, que la verdad se puede imponer por sí misma y que los hombres la van a aceptar; y una y otra vez vemos que la mentira puede más que la verdad y que las tinieblas oprimen una y otra vez a la luz y que los poderes de este mundo dominan con la mentira.

Pero los apóstoles, nos dice el evangelio, no se quedaron discutiendo sobre esa mentira sobre el cuerpo de Jesús, ni se quedaron paralizados ante ella. No se quedaron discutiendo con los poderosos sobre los testimonios falsos de los soldados pagados. Invitados por el mismo Jesús, que ya vivía en ellos y cuya vida experimentaban ya, se van a Galilea a recomenzar la vida de Jesús, a empezar de nuevo a vivir en sus vidas la vida de Jesús, a rehacerla con sus vidas de nuevo, a recaminar otra vez el camino de Jesús, camino que comenzando en Galilea había de terminar también como el de Jesús otra vez en Jerusalén. Y siguieron dando testimonio de la verdad. Y ellos comenzaron a proclamar la verdad, haciendo discípulos por todas partes: aquellos que querían comprometerse con la vida que vivió Jesús y que querían comprometerse con el establecimiento de un Reino de vida, de paz, de justicia y de verdad.

Mal haríamos nosotros si después de dos años del asesinato de nuestros hermanos, si después de este juicio mentiroso, nos quedáramos revolviendo la mentira, mentira de la que nunca podrá salir luz ni verdad, sino sólo confusión (que es lo que sale del Espíritu del mal).

Como los apóstoles hemos de seguir testificando la verdad, comenzando, con ellos y con Jesús, desde Galilea, es decir desde la vida real de los hombres, desde las necesidades más sentidas de nuestros hermanos: su necesidad de vida, su necesidad de salud, de salvación, su necesidad de dignidad, su necesidad de futuro. Cada uno desde nuestro trabajo (que debemos procurar sea acertado y eficaz para el Reino de Dios): no cualquier trabajo, sino aquel que vaya empujando con más eficacia y profundidad y convicción el Reino de Dios.

Pero al mismo tiempo, sin engañarnos ni ocultar que el camino que, con Jesús, empieza en Galilea, al lado de los pobres y sencillos, termina como el de un mal echor

en el árbol de la cruz. Sabiendo también que otros retomarán ese mismo mensaje resucitador una y otra vez, y lo seguirán proclamando a todos los vientos: la verdad sigue proclamándose hoy en medio de la mentira.

Con la certeza de que Jesús camina con su pueblo, con la certeza que nos da la frase final, llena de gozosa confianza, del Evangelio de Mateo: "Yo estoy con ustedes todos los días hasta que se termine este mundo".